

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25, 6-10a): *Aniquilará la muerte para siempre.*

Salmo (22, 1b-6) «*Habitaré en la casa del Señor por años sin término*»

2ª lectura (Filipenses 4, 12-14.19-20): *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*

Evangelio (Mateo 22, 1-14): *La sala del banquete se llenó de comensales.*

Ese es el futuro que Dios nos tiene preparado si somos capaces de revestirnos del traje de fiesta. Él nos lo regala, sólo nos pide que prestemos nuestra colaboración y superemos la prueba. De esta forma tan suave la parábola del banquete nos advierte que no podemos participar en Él si no declinamos nuestra condición de andrajosos y nos acercamos a quien nos invita rogándole que nos regale el traje.

En numerosos pasajes de los evangelios Jesús propone la imagen de una fiesta o una comida compartida. Es una manera clara de destacar que Dios quiere nuestra alegría, por eso realiza esta invitación a un banquete de bodas muy especial en el que, sorprendentemente, toda la atención se pone en los invitados, que somos cada uno de nosotros.

El mismo Dios nos convoca. Aceptar su invitación es acoger a su Hijo Jesús en nuestra vida. ¿Puede haber mayor alegría? Sorprende el rechazo de los primeros invitados al banquete. ¿Cómo se les ocurrió rechazar una invitación así! Pero, ante las excusas de algunos, el Señor no suspende la fiesta, sino que vuelve a realizar un nuevo llamamiento. Se trata de una invitación al banquete de bodas de Jesús... ¡con cada uno de los invitados! De este amor tierno, gratuito y privilegiado nace nuestra relación con Dios. Todos tenemos cabida en la fiesta (y en el corazón) de Dios.

Ahora bien... ¿Se puede ir a una boda con cara de pocos amigos o sin ganas? En la fiesta de Dios, que es la vida cristiana, la cara y el corazón es de alegría y esperanza, a pesar de las dificultades que podamos tener. Dios nos convoca a vivir desde el amor y de nosotros depende la respuesta agradecida. Muchos rechazaron la invitación, simplemente porque prefirieron sus planes a la invitación de Dios. Estaban “*a sus cosas*”, con el corazón cerrado al amor de Dios.

El vestido de los hijos de Dios es el amor vivido cada día y en toda circunstancia. No es cuestión de un día. Necesitamos vestir el hábito del amor y las buenas obras. Estar revestidos de Cristo es hacer nuestro su mensaje. Sentir que en Él vivimos, nos movemos y existimos. La seguridad de la fe nos recuerda que Dios no nos deja nunca de su mano y provee todas nuestras necesidades, porque nos regala el sentido más hondo de la vida, el amor, y los compañeros de camino para vivirlo, la Iglesia.

La alegría que viene de Dios no es ajena a las dificultades que todos podemos vivir. Dios no nos propone huir de las situaciones que vivimos nosotros o nuestro mundo, todo lo contrario. Él es capaz de enjugar toda lágrima y consolar al que está triste. En el banquete de Dios todos tenemos un sitio... y los principales, sin duda, son sus favoritos: los pobres, los humildes, los necesitados..., eso sí, vestidos con el traje del amor.

Pablo ya nos había recordado que teníamos que despojarnos del traje viejo y revestirnos del nuevo Adán. Eso es lo que Él llama entrenarse para soportarlo todo como hizo el nuevo Adán, Cristo, consiguiendo de esa forma una fortaleza que ayuda a superar los momentos más críticos. El secreto está en no poner la confianza en las propias fuerzas sino en aquella fortaleza que nos suministra el vivir revestidos del poder de Dios.

Otra cosa es que demos prioridad a nuestros intereses antes que al deseo de Dios, que se hace presente en nuestra vida invitándonos a su banquete. Vinos de solera y manjares exquisitos son los que el Señor nos brinda para celebrar la fiesta. Con esta imagen tan sabrosa el Señor nos invita a prepararnos y entrenarnos para participar dignamente en su banquete.

Nada está excluido de esa mesa abundante y generosa que el Señor nos brinda: ningún pobre, por serlo, deja de ser invitado; sólo se le pide que acuda con dignidad a la mesa pasando previamente a pedir con humildad y retirar con agradecimiento el traje que le hará comensal en la divina mesa. Tampoco los ricos y poderosos, por serlo, tendrá, derecho a ocupar puestos relevantes y también ellos tendrán que ser humildes y reconocer que la invitación divina es muy superior a sus haciendas y a cualquier otro interés personal que relegue a Dios a un segundo lugar.

No importa la pobreza o la riqueza, la salud o la enfermedad, la abundancia o la privación, llega la invitación a la fiesta y así se alegra el corazón de quien aprecia esta llamada de Dios. Con ese ánimo alegre aprende el invitado a superar toda tribulación y da por bueno cualquier sufrimiento o privación de otros recreos con tal de conseguir estar participando en el festín.

Lo que Dios quiere de nosotros es que aprendamos su estilo de vida infundiendo bondad en todas nuestras acciones y decisiones. Esa es la verdadera fuente de la paz interior que nos hará vivir anticipadamente la alegría de la fiesta. Con una ventaja añadida y es que se trata de una fiesta eterna que podemos gozar ya mientras la preparamos aquí en la tierra.

El profeta Isaías ha cantado esta invitación como un himno a la amnistía, perdón generoso de Dios que continúa invitando siempre y a todos al festín de la gloria. Una vez más la llamada de Dios suena en clave de fiesta.